

EL MUNDO

INTELIGENCIA/MICHAEL WATERS

El género en los deportes

En mayo de 1936, un reportero de *The Western Morning News*, un periódico con sede en Plymouth, Inglaterra, llegó a la casa de Mark Weston, un lanzador de bala retirado que había iniciado una trayectoria como masajista. Weston entregó al periodista un certificado firmado recientemente por su médico. Decía: "Esto es para certificar que Mark Weston, quien siempre fue criado como mujer, es un varón y debe continuar su vida como tal".

Weston, nacido en 1905 en Plymouth, había sido etiquetado como niña durante la mayor parte de su vida. A lo largo de su carrera deportiva jugó en ligas femeninas. Pero a principios de 1936, comenzó a consultar a un médico respecto a vivir como hombre. Se registró en el Hospital Charing Cross para dos operaciones de reasignación de sexo —una en abril y otra en mayo. "Me doy cuenta de que ahora estoy en mi verdadero elemento", dijo Weston al periodista.

The Morning News publicó su artículo el 28 de mayo de 1936, bajo el título "Mujer atleta de Devon que se ha convertido en hombre". En comparación con el polémico debate actual sobre los atletas trans e intersexuales, el artículo y la cobertura que siguió llamaron la atención por su empatía. El documento se centró en explicar cómo era posible una transición de género como la de Weston.

Pero con el tiempo cambió el enfoque. La historia de Weston llegó a dos destacados funcionarios deportivos —un médico deportivo que a menudo aseso-

raba a las federaciones sobre cuestiones médicas y un miembro de lo que entonces era la Federación Internacional de Atletismo Amateur y hoy es World Athletics, la federación de atletismo— que respondieron redactando las primeras versiones de sus modernas políticas de pruebas de género, las primeras de su tipo en los deportes contemporáneos.

Weston no quería volver a los deportes, y mucho menos a los deportes femeninos, pero a los funcionarios les preocupaba que las transiciones de género crearan lagunas en las categorías masculinas y femeninas existentes. Desde entonces, los organismos deportivos internacionales han seguido negando o restringiendo oportunidades para que los atletas trans e intersexuales complan al máximo nivel, en algunos casos prohibiéndoles competir enteramente —todo por no cumplir con una definición subjetiva de "mujer".

Sin embargo, todavía tenemos una oportunidad de diseñar políticas que reconozcan que las categorías deportivas masculinas y femeninas son imperfectas y permeables y que coloquen la humanidad y la dignidad de los atletas en primer lugar.

Los partidarios de las políticas de pruebas de género se disfrazan de justicia; existen, afirman sus defensores, para excluir a cualquiera con una percibida ventaja biológica en los deportes femeninos. Ese grupo abarca desde mujeres trans, a quienes se les prohíbe participar en la mayoría de los deportes importantes in-

cluso después de someterse a una transición médica, hasta muchas mujeres cisgénero e intersexuales que no se han sometido a ninguna transición médica, pero que tienen niveles de testosterona considerados más altos de lo normal para las mujeres. Sin embargo, hay poca evidencia que respalde la idea de que estas mujeres tengan ventajas físicas sobre otras mujeres.

Los requisitos para las atletas han cambiado a lo largo de las épocas, desde una revisión física hasta pruebas de cromosomas y pruebas hormonales. En cada coyuntura, las federaciones deportivas han construido sus definiciones subjetivas de feminidad y han excluido a cualquiera que no encaje. El ejemplo más reciente es el de Lia Thomas, a quien se le impidió tomar parte en las pruebas para los Juegos Olímpicos porque World Aquatics, la federación que supervisa la natación, básicamente prohíbe a todas las mujeres trans competir en la categoría femenina.

Este verano, en los Juegos Olímpicos de París, las políticas de pruebas de género serán, en algunos aspectos, incluso más extremas que en años anteriores. Debido a que el Comité Olímpico Internacional ha decidido no hacer cumplir una norma en general, las federaciones individuales que gobiernan los deportes olímpicos ahora se ven abandonadas a su suerte. Aunque el COI ha proyectado una meta de mayor inclusión, pocas de las federaciones han escuchado. Algunas, como World Athletics, prácticamente

han prohibido a las mujeres trans e intersexuales en las competiciones femeninas. A menudo a estas mujeres se les permite competir sólo con hombres —lo que no es una posibilidad realista ni deseable.

En 1936, cuando Avery Brundage, un funcionario deportivo estadounidense que estaba a punto de formar parte del COI, leyó las noticias sobre Weston, le preocupó que "hermafroditas" estuvieran participando en deportes femeninos. Escribió al jefe del comité para hacer un llamado a exámenes físicos de las atletas.

El COI pasó la propuesta a la Federación Internacional de Atletismo Amateur —la organización que entonces supervisaba los deportes de atletismo. En agosto de 1936, la federación permitió a atletas que sospechaban que sus competidoras no se adherían a las nociones tradicionales de su género presentar una protesta contra ellas. Posteriormente, esa deportista sería sometida a "una inspección física realizada por un experto médico". La federación no detalló qué implicaría esa inspección.

Los funcionarios deportivos pensaron haber logrado algo importante, pero pocos coincidieron. Un columnista del *New York Daily News* escribió que las políticas de pruebas de género corrían el riesgo de desencadenar "un virus mortal" de sospecha que "nos afectará a todos".

Años más tarde, el COI adoptó una versión de la política de la Federación Internacional de Atletismo Amateur y se encontró

respondiendo repetidamente por las lagunas en sus reglas. En 1967, cuando la velocista polaca Ewa Klobukowska fue descalificada por tener, como dijo la prensa, "un cromosoma de más", el director del Comité Olímpico Polaco criticó al COI, incluyendo a Brundage. No tenía sentido, dijo, especialmente porque "no existen criterios generalmente aceptados sobre género para las atletas". El COI no debería decidir quiénes serían elegibles para competir con tal "arbitrariedad", añadió.

Los médicos de la época sabían que el sexo biológico existía en un espectro. Sin embargo, los funcionarios deportivos nunca detallaron cuáles serían sus criterios para "hombre" y "mujer". Parecían creer que reconocerían un caso atípico al verlo.

Regular los deportes de élite de una manera que reconozca nuestra comprensión actual del género como algo fluido es complicado. Pero el sistema actual no funciona. Ciertos deportes, como el patinaje artístico y algunas competiciones de esquí, probablemente no necesiten dividirse por sexo. Estas divisiones pueden tener más sentido en otros deportes. Pero si nos apoyamos en las categorías de género, tenemos que aceptar que son imperfectas. Todos los atletas deben tener un camino realista hacia la participación en su categoría de género que viven. Es necesario poner fin a los días en que se despojaba cruelmente a los atletas de su derecho a participar.

Si los funcionarios deportivos de 1936 y después se hubieran guiado por el espíritu de auténtica curiosidad que impregnó la cobertura periodística de atletas como Weston, no habríamos desperdiciado casi un siglo prohibiendo a los atletas simplemente por ser quienes son.

Michael Waters es autor de *"The Other Olympians: Fascism, Queerness, and the Making of Modern Sports"*. Envíe sus comentarios a intelligence@nytimes.com.